

## *Ese no fue el trato*

— Hay que sacar una copia para mí, Doc —dijo el Choreño con sus ojos amarillos—. ¿Qué tal que se le pierde a usted la suya?  
—A veces pienso que ni siquiera deberíamos tener la caja aquí, Choreño.

Caminaban lento. El Choreño usaba botas y el Doc zapatos.

—Pues ya le dije que la guardemos en mi casa, ahí en Tepa.

—Ese no fue el trato.

El Doc se detuvo frente a la oficina. Él era el único en el cerro que usaba reloj y zapatos. Recorrió la lona que hacía de puerta.

—Como usted quiera, chingá —contestó el Choreño mientras entraba detrás de él.

Sus pupilas espejearon en la opacidad del cuarto. Al centro, cuatro barrenas soldadas a una plancha de aluminio hacían una mesa, de donde a veces los clavos se caían. Debajo se veían algunas cosas amontonadas, indistinguibles. Había tambos apilados contra las paredes. Respiraron el aroma del diésel.

La caja estaba arrinconada en la esquina, encima había una libreta. Se acercaron. El Doc se acuclilló, metió la llave y abrió el candado. El Choreño se inclinó sobre sus rodillas. Al interior, del lado izquierdo, había varias fajas de billetes; del otro, documentos y facturas. Ninguno tocó nada. El Doc cerró la caja, puso de nuevo el candado y se guardó la llave.

El Choreño tomó la libreta y recargó un brazo sobre la mesa. Los dedos gruesos recorrieron los trazos sobre el papel. El Doc abrió la boca y no se atrevió.

–El registro está bien –dijo al fin.

–No se confíe de esta gente, son tranzas o pendejos o las dos cosas.

–Yo lo revisé ayer, antes de irnos.

A veces no se contestaban las frases.

–Voy a ver cómo van –dijo el Doc antes de mirar su reloj.

Las manchas de grasa en el suelo relucieron cuando recorrió la lona. También se revelaron los pellejos secos de unos labios rechonchos, dividiendo la cara abultada del Choreño.

Afuera, el Doc ya no pudo escuchar el motor de la retroexcavadora. Sólo el golpe periódico, metálico, del marro contra las piedras.